

Cabe él Celindos el costado abierto,
Reuelto el campo, y sin hallar camino
Con que atajar su extraño desatino.

Quiso prender el César de su mano
Al hijo de Milon, y á Montesinos:
Fue á cometer un nuevo error en vano,
Y alterar no pensados desatinos:
Que á defender su senador romano
Salieron los ejércitos latinos,
Que allí á su cuenta vienen, y á su mando,
Que es de la iglesia capitan Orlando.

El soberbio Reinaldos de otra parte
A Montesinos defender pretende,
Mas contra todo el campo Durandarte
A su venganza el grave fuego enciende:
Hiere, desmiembra, rompe, quiebra y parte,
Nadie sino es huyendo se defiende,
Que en la venganza de su muerto hermano
Cualquier exceso juzga por liviano.

Crece la gente en bandos repartida,
Arde el furor, y el campo sin caudillo,
Sin pendon, sin bandera conocida,
Unos á otros se meten á cuchillo:
Y ya al vulgo la saña reducida,
No hay podello aplacar, ni reducirlo,
Que sin saber por qué, de mil maneras
Sin caudillo pelean, ni banderas.

Ya la primer discordia apaciguada,
De nuevo otra sin ver por qué se enciende,
Aquí la gente corre amontonada,
Acullá en tropas el furor se estiende;
Todo en confusa guerra marañada,
Nadie aun su misma pretension entiende,
Los que dieron principio al civil Marte,
Ya para apaciguarlo no son parte.

El traidor Galalon, que en pompa ufana
Ya el general baston del rey tenia,
Que para apaciguar la furia insana
Del popular motin dado le habia;
Con la dignidad nueva soberana
Venir propias pasiones pretendia,
Que quien de la virtud no sigue el bando,
Para solo hacer mal pretende el mando.

Así el fingido conde de Pontiero
No el alterado ejército apacigua,
Ni el fuego que el furor vuela alitero,
De paz con blandos medios amortigua:
Mas para ocasionar su ánimo fiero
A cruel venganza en su pasión antigua,
La injuria le refresca mas liviana
Que a la real sangre debe de Mongrana.

Y ciego en sus confusos desatinos,
Cercado de diez condes de Maganza,
Para prender al noble Montesinos
Por el reuelto ejército se lanza:
Cuando el hijo de Amon, que en Baldovinos
Iba á tomar de su traición venganza,
Sin pensar le encontró, y de un altibajo
Al yelmo de oro echó el plumero abajo.

«Bien sabes, dice, ó magancés valiente,
Mejor que ahora el corte de mi espada,
Cuando por tu mordaz lengua á tu frente
Esa divisa le dejó estampada:
Con ella vengué á Orlando mi pariente,
Y á su madre dejó desagraviada,
A quien tú con embustes peregrinos
Madre quisiste hacer de Baldovinos.

El no vengó por no perder su afrenta,
Yo si que estoy á estas venganzas hecho,
Desde que en juventud, de honor sedienta,
A tu hermano pasé el alevé pecho,
Porque con lengua quiso alharagüenta
De mi madre infamar el casto lecho,
Y haciéndose mi padre á su albedrío,
Desheredarme del valor del mio.

Mas no quedó la injuria sin castigo,
Que su lengua en la punta de mi lanza,
A todo el mundo universal testigo
De su delito fue, y de mi venganza:
Degollé á Bertolage, que connigo
A probar se atrevió el brio de Maganza,
Y á Naymo, y á sus hijos en persona
Vivos los abrasé, y quité á Bayona.

Tú, maquinante esfera de traiciones,
No sabes mas, que en hábito encubierto
Mi estampa dibujar por los cantones,
Cuando la fama finge que soy muerto:
Yo, traidor, no me valgo de ficciones,
Que en tu vil rostro pinto al descubierto
Retratos de quién eres, como ahora
Si aguardas, que es mi espada gran pintora.»

Dijo, y á fenecer lo comenzado
Con paso arremetió y brazo furioso,
Mas el cobarde conde amedrentado
Atrás revolvió el suyo presuroso;
En tanto el escuadrón alborotado,
Sin orden en su brega ni reposo,
En diferentes bandos repartido
Con triste suena y bárbaro gemido.

De la horrible discordia el fiero estrago
Mientras mas va con mas rigor crecía,
Hecho de roja sangre el campo un lago,
Que un mar, si hay mar de sangre, parecia:
Cuando de un negro cielo el turbio amago
En densa nube ató el medroso día,
Derramando de rayos, agua y truenos,
Nuevo diluvio sus preñados senos.

Del turbio cielo la áspera cortina
Ponerles pudo en el herir sosiego,
Su tormenta dió paz á su mohina,
Su agua apagó de la discordia el fuego,
Que á huir del celestial rigor camina
El que se halla en cólera mas ciego:
El sabio Malgesí con este medio,
Adonde no le habia dió remedio.

Quedó así el francés pueblo destrozado,
Y tan sin gusto el César desabrado,
Por ver del agorero sueño el hado
Tan presto en todo su rigor cumplido
Muertos de los mejores de su estado
Dos príncipes, el campo consumido,
Que las fiestas dejó, y por estatuto
El alegre aparato trocó en luto.

Y á concertar los graves desconciertos
Del presente desman ocasionados,
Hacer el sentimiento por los muertos
Debido á su grandeza y sus estados,
Apagar los rencorés descubiertos
La corriente volvió de sus cuidados,
Y á su lugar la alegre paz perdida,
Sin quien ni el rey ni el reino tienen vida.

Y esto en prudente traza y fiel recato
A conveniente ejecución venido,
Y en su afable amistad y primer trato
El antes ciego campo reducido,
Y en la sangrienta quiebra del rebato
De nueva gente el escuadrón tejido,
Sin sombra del pasado enojo y saña,
Marchar el real clarín convida á España.

No se le concedió contra Oliveros
El campo á Montesinos que pedía,
Por no volver la guerra á los primeros
Riesgos, y al fuego en que primero ardía
La pasión sola de los dos guerreros
En la general paz no entró aquel día,
Sola esta causa en el silencio mudo
Del conforme placer haber no pudo.

Que de Grimaldo el valeroso hijo,
Cuya sangre hervir su pecho siente,
Vuelto contra el traidor Rangorio, dijo

(El César y su ejército presente):

«No hay término de tiempo tan prolijo,
Que los días no le abrevien la corriente,
Ni venganza de un ánimo cobarde,
Que no sepa llegar por mas que tarde.

Yo me parto, Oliveros, á esperarte
A España, adonde vas, y adonde quiero
No seguir de las dos ninguna parte,
Hasta ponerte ante mis pies primero:
Y despues que rescate con matarte
Mi vida del dolor en que ahora muero,
Mi libre espada seguirá el partido
De quien mejor la hubiere merecido.»

Dijo, y dando la vuelta en brio gallardo
Suspenso dejó el campo belicoso,
Y en grave contoneo y paso tardó
Volvió á Navarra el pecho victorioso,
Donde el reto cumplió con el resguardo
A su pacto debido generoso,
No siguiendo en la una ni otra parte
De Francia ni de España el estandarte.

Hasta que en la batalla de la sierra,
Donde Leon humilló de Francia el brio,
A su alevé contrario en dura guerra
La palabra cumplió, y el desafío:
Y dejando el difunto cuerpo en tierra,
El rojo rastro de un sangriento rio,
Siguió del caro primo Durandarte
Hay una montaña por la inculca parte.

Donde al querido cuerpo desangrado
Por su mano arrancó del pecho abierto
El tierno corazón enamorado
Antes de vida que de amor desierto,
Que á su amada Belerma el primo amado
Restituir mandó despues de muerto,
Y él tras el riguroso sacrificio
De legado leal hizo el oficio.

En tanto el campo, tremolando al viento
Los victoriosos estandartes, llega
Del Pirineo al abrasado asiento,
Y al seno hermoso de una fértil vega,
Donde la nueva fama ciento á ciento
Las libres lenguas con fervor despliega,
Sembrando en cuanto España tiene vida
Del enojado campo la venida.

Crece su honor, y en lisonjero labio
Sus antiguas victorias engrandece,
Que piensa que es hacer al rico agravio,
Si el viento con sus cosas no ensordece:
Mas el augusto rey en pecho sabio
Todo lo mira, y todo le parece
De riesgos lleno, y por si alguno hubiere
Hacer reseña de sus campos quiere.

Mas mientras el pomposo alarde pasa,
Y el campo crece en aparato y gente,
Y de Gascuña á la campaña rasa
Marchando llega, y sus frescuras siente,
A los que en Libia el cancro ardiente abrasa,
Y el fiero brazo de un jayán valiente,
La portentosa novedad me obliga,
Que solo el vuelo de su espada siga.

Despues de las tragedias de Granada,
Que en otro tiempo contará mi pluma,
Ferraguto á la Libia fue abrasada,
Y allí surgió en herviente y blanca espuma;
Cuando Biserta vió de gente armada
En su seco arenal crecer la suma,
Y al ronco son de la española guerra,
Al crespó mar bajar la ardiente tierra.

Sulemán, que por muerte de Agramante
Del grave imperio el cetro real tenia,
Y en deseos de vengar su alma arrogante
Contra el pueblo francés de nuevo ardía:
Desde el Nilo sin fuente al mar de Atlante;
Y de la alta Etiopia á Bebería,

Al pié de su estandarte, en ira y celo
Lo mejor convocó del libio suelo.

Surgió el gallardo hijo de Lanfusa
Junto á Biserta al desbravar de un rio,
Donde entre un fresco mirto vió reclusa
La perseguida Angélica sin brio:
Triste, acosada, del rigor confusa,
Con que de un cruel planeta el desvario,
De un mal en otro mal la arroja y sigue,
Y en mar y en tierra la halla, y la persigue.

Y aunque de pena y miedo demudada,
El lugar nuevo, y la pasada ausencia,
Pudieran en el moro dar trocada
La dama en no pequeña diferencia;
Apenas vió de la beldad amada
El bulto alegre, y la imperial presencia,
Cuando en su alma aclaró la luz del fuego
Que en Francia se encendió, y le dejó ciego.

Y cual presto neblí al veloz señuelo
Con que la blanca garza le acodicia,
Los aciones dejó, y se arrojó al suelo
En cortés término y caricia:
Quiso medrosa huir de su recelo,
Y el ya trocado moro la acaricia,
Dándose á conocer con larga historia,
Si en una ingrata puede haber memoria.

Contóle tanto al fin, que en brio lozano
Aire le dió de sus pasados gustos,
Y el tiempo alegre que por Francia en vano
Brazos la celebraron tan robustos:
Vió pasada la flor de aquel verano
Acabados sus gustos y disgustos,
Y otros que dieron ya con sus proezas
Asonbro al mundo, y fama á sus bellezas.

Muerto el leal Sacripante, el rey Gradaso,
El soberbio Agrican, el fiel Rugero,
Y del hijo de Amon el fuego escaso,
En quien principio dió su amor primero,
Y el que en el rojo Oriente y pardo Ocaso
Su amparo fue, y galan mas verdadero,
El príncipe de Anglante ya en su acuerdo,
De loco vuelto, como de antes, cuerdo.

Todo esto á la mudable fantasía
La vista dió del conocido moro,
Y á la dulce memoria el primer día
Que amor le abrió á las glorias de Medoro,
Cuando en su regalada empañía
Volvió al Oriente sus matices de oro:
Causóle soledad, y al largo tiro
De su discurso remató un suspiro.

Y vuelta al moro: «salvo, dice, sea
Mi honor contigo, oh capitán valiente,
Como en heróico amante, en quien se vea
Que en tu leal pecho amor no fue accidente:
Una honra te encomiendo, que desea
La hagas propia, y á mi patria y gente,
Deste país y la aspereza suya,
Cual promete tu fe, me restituya.»

Dijo, y al moro con su alegre vista,
Del renovado amor la antigua llama,
Olvidar le hizo á España, y su conquista,
Al rey Marsilio, y de su honor la iama:
Y sin que en darse dude, ni resista,
Todo se entrega á la extranjera dama,
Libre persona, y salva compañía,
Hasta los reinos donde nace el día.

Y sin pensar de allí embarcarse luego
Quiere con la que reina en el Oriente,
Que es amante novel, y el dulce fuego,
Ni mas discurso ni razon consiente:
Es inviolable ley de amor un ruego,
El dejar la ocasion, lance imprudente,
Y el dilatar en vano su deseo,
Perder el gusto, y no gozar su empleo.

En esta nueva traza, ó loco antojo,

El ciego amante con su dama estaba,
Cuando de un cruel dragon con el despojo,
Sobre el diestro hombro la acerada clava,
Hecho un áspid de Libia pardo y rojo
Morgante al río de un peñol bajaba,
Deslumbrando en su luz la vista al moro
Con las escamas y las grevas de oro.

En igual ademán al sabio hermano
De Europa bella, en hórrida serpiente
Al medio convertir el fértil llano
De Acaya vió la escama reluciente:
Y el jayan fiero en su victoria ufano,
Pasar quiere también la siesta ardiente
A la sombra del álamo, y al frío
Que el aire sube del profundo río.

Llegó, y aunque de paz venia, al punto
Que los risueños ojos de la dama
En los suyos tocaron, y un trasunto
De beldad vió en los rayos de su llama,
Lleno de amor y celos todo junto
En su bárbaro pecho gime y brama,
Que ahora por propiedad, ó por antojos,
Nadie libre quedó, si vió sus ojos.

Y vuelto al moro: «esta doncella, dijo,
Quiero yo para mí, y aquesto baste;»
Mas de Lanfusa el arrogante hijo,
Ya enfadado que el bárbaro contraste
Lo sea de su nuevo regocijo,
Y en guerra quiera y disension se gaste,
Del feo dragon en la luciente cresta
La espada á su demanda dió respuesta.

Sintió Morgante el golpe, y el estorbo
De conseguir su gusto, y con la clava
Del reforzado alfanje el filo corvo
Resiste y templa con violencia brava:
«Si yo, le dice, tu contento estorbo,
La culpa sea de amor, que mi alma agrava,
Que para mí no hay Dios, ni ley, ni justo,
Ni mas regla en el mundo, que mi gusto.»

Y con otra igual furia que su antojo,
Un golpe, y otro, y otro dobla y carga,
La ira crece y furor, crece el enojo,
Y al breve gusto la batalla larga:
De la encantada sierpe el fiel despojo
Ceñido hace el jayan segura adarga,
Y al moro antiguo en brega tan confusa
Los reforzados cerceos de Lanfusa.

La perseguida Angélica, que el fuego
De la ardiente discordia vió encendido,
Y que entre un riesgo y otro su sosiego
De temor y esperanza está metido,
Sin aguardar el fin confuso y ciego
Que le dé la fortuna del vencido,
Por árboles y matas encubierta
Escondida se fue, y se entró en Biserta.

Las dos sierpes, que en saña y en figura
De la revuelta lucha y devaneo,
En nudo estrecho, y en lazada oscura,
Horrible hacen y nuevo caduceo,
Uno el alfanje mueve sin cordura,
Otro la clava en bárbaro rodeo,
Y ciegos de pasión los varios modos
Que saben de matar, los prueban todos.

El moro ardiendo en belicosa saña
Su gloria mira sin pensar perdida,
Tan altivo el jayan, y él tan sin maña,
Que aun no le ha dado la primer herida:
Y el fiero corzo, que á buscalla á España
De Cirno hizo la infeliz salida,
A conocerle allí, ninguna suerte
De encanto le escusara de la muerte.

Que á un fiero golpe de acerada maza,
Que al yelmo ardiente y al escudo fino
De lleno le acertó, á la verde plaza,
Cual duro roble destroncado vino:

Cayó, y no se detiene ni embarazo
En ver si es vivo ó muerto el sarracino,
Que cual león libio entre una y otra palma
En busca va de quien le lleva el alma.

Y á vista de los muros de Biserta,
Tras las señas del rastro de su dama,
Furioso descubriendo iba la puerta,
Que en lengua suya de la Mar se llama;
Cuando de luto y de beldad cubierta,
Entre una divisó y entre otra rama,
En son de presa una mujer gallarda,
Con diez armados hombres en su guarda.

Sobre un morcillo palafren asoma
De tela de oro negra encubertado,
Y en otro igual una enlutada poma,
Funesta urna infeliz de oro nielado:
Y al verde pié de la pequeña loma
Con diez riñendo un caballero armado,
Que en el arnés, y en el escudo antiguo,
Halló las señas del perdido amigo.

Era el persiano rey, que en seguimiento
De la misma hermosa que él venia;
Y la que en luto llora su contento,
Su muerta libertad, y su alegría,
La bella Arlaja, que el rigor del viento,
Y su desgracia, allí la arrojó un día,
Y ahora á embarcarse al puerto de Biserta
Iba forzada, y de dolor cubierta.

Admiró el nuevo luto al rey persiano,
Y por librar á la alligida infanta,
Con su atrevida espada en medio el llano,
Unos rinde feroz, y otros espanta:
A este, al otro, y aquel hiere lozano,
Y á todos en braveza se adelanta,
Cuando en su ayuda entró el jayan valiente,
Cual por seco rastrojo rayo ardiente.

Salen en tropa á defender su intento
Los que de afuera en guarda de la dama
Antes eran notando el firme aliento
Del rey, fieles notarios de su fama:
Baja en rocío cruel humor sangriento
Del verde prado á la sedienta grama,
Pagando en muerte el de mayor ventaja
El tierno llanto y suspirar de Arlaja.

Y ella ya libre del poder tirano
En la ancha boca de una cueva oscura,
De un fresco mirto entre el verdor lozano
Escondida dejó su hermosura:
Con la urna de oro en la pesada mano,
Que por mayor martirio y mas segura
Consigo la llevó, donde enterrada
Quedó del miedo y pena desmayada.

En tanto los gallardos dos guerreros
Ningun honrado dejan con la vida,
Que solo el diestro huir sus golpes fieros
Tiene, y no otra defensa su herida:
Cuando uno que quedó de los postreros,
La honra en cobarde miedo convertida,
Determinó salvar con piés livianos
La vida, que no puede con las manos.

Mas el feroz jayan, que le es camino
Seguir al que le huye á poco trecho,
A un golpe que á traición le dió, convino
Quedar una espantosa pasta hecho:
Y el rey persiano por el bosque á tino
En busca entró del alligido pecho
De Arlaja, que anegada en tierno llanto
En lo espeso la halló del mirto santo.

Volvió en su acuerdo la turbada mora,
Y en lagrimosos ojos, y voz nueva,
«¡Ay Dios! dijo ¡mi bien no estaba ahora
Conmigo junto en esta oscura cueva?
Mas ¡ay cruel hado! ¡suerte burladora!
¡Agüero triste, que á morir me lleva!
Ya veo que aquí, ó en otra gruta oscura,

Nuestro tálamo hará una sepultura.

Sola una alma nos dió, sola una vida,
Llena de amargo azar la infeliz suerte,
Si está en dos tristes cuerpos repartida,
Vuelva lo que apartó á juntar la muerte:
¡Oh rey valiente! sangre esclarecida
Del divino Agriacán, y Ciro el fuerte,
Así en años y siglos no veloces
El alto fin de tus intentos goces,

Que por postrer favor, y último ruego,
Aqui me otorgue ese tu brazo altivo,
Que las frias cenizas de aquel fuego,
Que á mi alma dieron luz mientras fue vivo,
Y á esta urna triste puso un rigor ciego
Por sola culpa de mi hado esquivo,
En un sepulcro gocen de un reposo,
Pues no alcanzaron lecho mas dichoso.»

Dijo, y en la ansia, y la color difunta,
Una, y otra y mil veces se desmaya:
El generoso rey, que ya barrunta
El triste golpe que á morir la ensaya,
Entre un consuelo y otro le pregunta
De su amante el suceso, y quien les haya
Perturbado su bien; la bella Arlaja
Así en voz respondió turbada y baja.

«Luego que entre la furia de los vientos
Tu ausencia nos dejó, y el gran Bernardo,
Y por los dos confusos elementos
Haciendo fuimos al morir resguardo,
En diez dias, entre montas turbulentos
De un fiero cierzo el huracán bastardo
Nos arrojó en la playa de Biserta,
En triste estrella y punto descubierta.

En lugar de Agramante, que en batalla
Murió á los piés del senador romano,
Reina Sulmán, que de mi padre Abdalla
Sobrino es, hijo de Sulmán su hermano:
De mi tragedia aquí para cortalla
La triste hebra guió el hado inhumano,
Y la fortuna teatro doloroso
De su muerte trazó á mi caro esposo

De los peñascos que en la costa brava
Al mar rompen los ásperos espejos,
Nuestro bajel que en ellos se anegaba
Flores juzgó los gajos mal parejos:
Y el torpe vulgo, que en la playa andaba
Al robo atento, viéndonos de lejos,
Al despojo corrió en furor de guerra,
Bárbara usanza desta ingrata tierra.

Fue la asaltada nao en mil escesos
Saqueada de los fieros nasamones,
Y al rey mi esposo y yo traidos presos,
O por despojo, ó por preciosos dones:
Sulmán, que de los trágicos sucesos
Tenia ya de Valencia relaciones,
Y la muerte que al príncipe mi hermano,
Mas le dió mi desdicha, que otra mano;

Viéndome en su poder, la culpa mia
¡Ay cielos! en mi mal logrado esposo
Vengar quiso el cruel, porque hacia
En dos el fiero golpe mas vistoso:
Quemarle vivo en el siguiente día
Mandó, y en un retrete tenebroso
Muerto le halló en la cárcel la sentencia,
Que el dolor le mató, ó mi triste ausencia.

Y el frío cuerpo, en la hoguera roja
Ya en cenizas estériles trocado,
A esta urna triste, y mi mortal congoja,
Por tormento mayor fue encomendado;
Y hoy en funestos hábitos me arroja
Su feliz reino al mío desdichado,
Porque el padre ofendido haga en mi vida
A su antojo venganza mas cumplida.

A esto, señor, esos soldados fieros
Que tu espada venció venian conmigo,

Y estos son de mis ansias los postreros
Lances que debo al tiempo mi enemigo:»
Así en roto gemir, males enteros
La triste Arlaja cuenta al persa amigo,
Cuando un asombro y maravilla nueva
Temblando el mirto se mostró en la cueva.

En la una mano una desnuda espada,
En la otra un claro y relumbrante escudo,
Pálido el rostro, la color turbada,
Gundémoro salió de armas desnudo;
Y viendo al persa con su Arlaja amada.
Suspendió el paso embelesado y mudo
De hallarla en tal lugar, y el luto triste
Que el cuerpo al parecer y el alma viste.

La mora que le vió, del lago Averno
A llamarla creyó que se volvía,
Y con intrépida alma, y amor tierno,
«Ya voy, mi bien, ya voy tras tí, decia:
Solo el no verte tengo por infierno,
Que este cielo será en tu compañía,
Y el muerto corazón en solo verte
Vida tendrá en los reinos de la muerte.»

Dijo, y con brio y ánimo arrojado,
Que el vivo fuego del amor la lleva,
Al brazo alegre de su esposo amado
Ciega se arroja en la profunda cueva:
Quedó el persa del caso embelesado,
El español con la experiencia nueva
De hallarse en brazos de su dulce amiga,
Ni sabe qué se entienda, ni qué diga.

Mas cuando vueltos del primer espanto
En estado se ven tan diferente,
Y en la tragedia de su amargo llanto
La acción trocada en el placer presente,
Y que su error ha hecho el cielo santo
Bienes, hijos de un mal solo aparente,
Con nuevo amor, y alegres sentimientos,
El parabien se dan de sus contentos.

Y el rey persiano con la hermosa Arlaja,
Después de haber á su leonés contado
Del grave riesgo la mortal baraja
En que el engaño puso su cuidado,
¿Cómo ahora la fortuna en tal ventaja
Sus favorables brazos ha trocado?
Alegre les pregunta, y ¿de qué suerte
Origen tuvo su fingida muerte?

Quando del real alcázar, cuyos muros
Aun daban sombra al bosque comarcano,
Arma oyeron tocar, y con obscuras
Acentos engrosarse el aire vano:
No tienen ya los mirtos por seguros,
Ni el detenerse allí juzgan por sano:
El gallardo Guzman al caso incierto
Del fino arnés se armó de un hombre muerto.

Y amparándose mas con la espesura
De la ciudad se apartan sin provecho,
Mientras la sombra de la noche oscura
Al mundo entolda su estrellado techo,
Buscando para el mar senda segura;
Mas la lóbrega selva, y bosque espeso,
Los briosos caballos les enfrena,
Y el cielo esconde, y de la mar la arena.

Ya el carro de oro señalaba al cielo
El medio curso de la noche muda,
Y en su quietud mayor el muerto suelo
Al dulce sueño con silencio ayuda;
Cuando entre riscos, breñas y recelo,
De una alta loma la cuchilla aguda
La mar les descubrió, y el ancho puerto,
De sorda grita y confusion cubierto.

Vieron por él en tristes luminarias
La pingüe breca arder de los navios,
Subiendo al cielo entre cometas varias
De su humo en vellon bultos sombríos;
Por la playa correr gentes contrarias,

Tejidas en confusos desvarios,
 Unos por huir del fuego á la agua fria,
 Y otros por apagar el que ya ardia.
 Los dos guerreros con la hermosa dama,
 Validos del favor del aire obscuro,
 A un capitan, que con su gente y fama
 Hacer parece al mar campo seguro.
 Del claro incendio, y la grasienta llama,
 Que alegre hierve en el breado muro,
 ¿Quién la sembró? preguntan, y el pagano
 Así en estilo respondió villano:
 «¿Vosotros por ventura sois nacidos
 De las incultas rocas desta sierra,
 Que solos ignorais los nunca oídos
 Destrozos desta estraña y nueva guerra?
 ¿O sois á dicha en compañía venidos,
 Del que en la mar ardiendo y en la tierra,
 A sus victorias y obras temerarias
 Tan crueles deja y tristes luminarias?
 Daos á prision: sepamos ¿á qué parte
 Del mundo vais? ¿quién sois? ¿de qué naciones?
 ¿Y si en quitar acaso fuisteis parte
 Hoy una infanta á treinta Nasamones?»
 Dijo, y cuando el leonés, que hecho un Marte,
 Como español escucha sus razones,
 Como español tambien en la respuesta,
 Mas que la lengua, fue la espada presta.
 La mano que le fue á tomar la rienda,
 Para della prendelle, le echó al suelo,
 Y en fiero asalto, y lóbrega contienda,
 A unos heridas da, y á otros recelo:
 La ciega noche una batalla horrenda
 Del nuevo hizo y mal fundado celo,
 Y el daño hecho en la cobarde gente,
 De mayores recelos el presente.
 Los dos por no perder la bella Arlaja,
 En defenderla, y defenderse atentos,
 A unas rocas que el mar de espuma cuaja
 Cuando le alteran con soplar los vientos,
 A espacio se retiran con ventaja,
 Y del áspero risco en los asientos,
 Por donde el mar sus ásperas alcobas
 De marisco le viste, y verdes ovas,
 Un barco vieron suelto, y que la gente
 Que en él ha de ir se embarca con recato,
 Al tiempo que la aurora en el Oriente
 Labraba en oro el día su retrato:
 Zarpaban ya del ancla el corbo diente
 Por hacerse á la mar, cuando el rebato
 Sobre ellos arrojó á los guerreros,
 Menos seguidos ya, y con menos fieros.
 Gundémáro que halló el batel á punto,
 Por medio el crespó mar metió el caballo,
 Hasta llegar de su bauprés tan junto,
 Que á su satisfaccion pudo abordallo:
 Cuando en la popa vió el bello trasunto
 De Zoraida y su amigo, y fué á abrazallo
 Quitado el yelmo, y dellos conocido,
 El dudoso placer salió cumplido.
 Supo allí el rey que Angélica la bella
 Huyendo va en ligera fusta á España
 De un jayan espantoso, que por ella
 Mortandad en Biserta ha hecho estraña,
 Donde al persa feroz para ir á vella
 Con esperanza nueva amor le engaña,
 Y ya en un barco todos, y un intento,
 Las anchas velas dan al fresco viento.
 Preguntó el rey al noble Floridano
 De la huida de Angélica el motivo,
 ¿Quién el bulto persigue soberano?
 «No es, dijo, el español pecho inhumano
 Arma arrogante, ó gusto vengativo,
 Quien la sigue es amor, la dulce guerra
 Que hacen sus ojos la echan de la tierra.

¿Quién la sangrienta trápala y ruido
 Que ayer por su ocasion se vió en Biserta
 Contar cual fue sabrá? ó ¿cual ha sido
 Del grave daño la ocasion mas cierta?
 Despues que presa en el jardin florido
 De Alcina fue en su insula encubierta
 La Angélica beldad, y ante tus ojos
 De un corsario feliz ricos despojos,
 Y despues que en la mar la noche obscura
 Su vista nos quitó, y ofuscó el tino,
 Y al perderse la luz de su hermosura
 La bonanza perdimos, y el camino,
 Llevados de una en otra desventura
 No vimos mas su bulto peregrino,
 Hasta que ayer tras su fortuna incierta
 Huyendo de un gigante entró en Biserta;
 Y de allí en un bajel, que en aquel punto
 A la vela salia, voló á España,
 Cuando el jayan llegó, que era un trasunto
 Del ciego infierno en la braveza y saña:
 Como toro feroz á un pueblo junto
 En barreado coso, ó en campaña,
 Solo arremete, y solo hace calle,
 Puebla barreras, y despuebla el valle.
 Así, él siguiendo de la bella dama
 El fresco rastro, entró en el pueblo moro
 De una serpiente armado, cuya escama
 De una en otra se engaza en nudos de oro:
 El turbio Egeo cuando en torno brama
 De Aulide al risco con hervir sonoro,
 Ni en braveza se muestra tal, ni tanta,
 Ni mas á quien su furia mira espanta.
 De horrible vista, de cabello verto,
 De secos labios, de sangrientos ojos,
 De negro polvo y de sudor cubierto,
 En ronco aliento, respirando enojos,
 Cansado el cuerpo del camino incierto,
 Mas no el alma feroz de sus antojos,
 Que al fin sabroso, donde ufano mira,
 Con mil rayos de honor y amor respira;
 Y como no halla á quien siguiendo viene,
 Bramando pide á voces la doncella,
 ¿Quién, cuándo, cómo, adónde está, y la tiene
 En guarda oculta, ó sabe nuevas della?
 Ni aquí ni allí se pára ni detiene,
 Que rabioso por vella, y por no vella,
 La ardiente clava con furor violento
 Uno y otro abaraja, treinta y ciento.
 En la plaza á la tropa de la gente,
 Que quiso por su mal tomarle el paso,
 Vuelto en el talle y el furor serpiente
 Destrozo hizo horrible, y cruel fracaso:
 Armas, huesos y carne, pecho y frente,
 Aplasta, muele, amasa, y no da paso
 Que alguna vida misera no cueste,
 Matando al uno, al otro, aquel y á este.
 A Cardel, de la reina Zaida hermano,
 En el herir y en el tañer maestro,
 Con un golpe mató, y de otro á Uliano,
 En jugar y en hacer caballos diestro:
 Y entre un confuso vulgo, el brazo insano,
 A un cabo y otro, á diestro y á siniestro,
 Espantosas heridas da y revuelve,
 Y mil por una que recibe vuela.
 Cual de Hircania en las ásperas montañas,
 Tigre de pecho, y lomo remendado,
 De dulce sangre hambriento entre espadañas
 La vista asombra del vecino prado:
 Huye en tropel confuso á las cabañas
 El fiel pastor, y el tímido ganado,
 Y él harto de matar, ardiendo en zelo,
 De sus sangrientas garras lame el pelo.
 Así el jayan la tímida manada
 De humildes moros por delante lleva,
 La plaza y la ciudad alborotada,

En quien los golpes de su clava ceba:
 Acomete la real puerta dorada
 Del alcázar, adonde en furia nueva
 Haciendo entra en sus guardas y porteros
 Espantoso destrozo, y golpes fieros.

Tocan arma en las torres, y el rebato
 Suenan por la ciudad con ronco estruendo:
 Corre la gente en tropa, y con recato
 Unos aquí y allí, todos huyendo:
 En vista y hechos un cruel retrato
 De la furia mayor, dando y sufriendo
 Mortales golpes, la mejor adarga
 Hace á los suyos el que mas se alarga.

No en barreado coso toro altivo,
 Que nunca al corvo yugo ató la frente,
 Con mas furor se arroja al curso vivo,
 Con que dél huye la plebeya gente;
 Ni del confuso vulgo fugitivo
 De mas tiros, ni en presa mas ardiente
 Le acosan y le pican, que en mil modos
 Desde afuera al jayan combaten todos.

Cien espadas le hieren, y otros tantos
 Tiros repara en el valiente escudo;
 Y él, sin dar paso atrás, rompe por cuantos
 Barreras le hacen con su acero agudo:
 Lleno el alcázar real de muerte y llantos,
 Y el fiero monstruo, de piedad desnudo,
 Cruel, cuando le falta gente, enclava
 Por cimbrias de oro la espantosa clava.

Del duro mármol las columnas bellas,
 Con sus grabados techos de oro abiertos,
 Que en ricos cuadros gozan por estrellas
 Retratos vivos de sus reyes muertos,
 Destroza, rompe y da, y entre ellos y ellas
 Caen, de su antigua magestad cubiertos
 Blasones, que del tiempo en la cruel llama
 Ya fueron salamandras de la fama.

Con las torres enteras caen los muros
 A sus soberbios piés, y en rabias ciego
 Por no hallar á quien busca, en los oscuros
 Desvanes siembra del alcázar fuego:
 Arde el cedro oloroso, arden los duros
 Cuadros de alerce, y al furioso entregó
 De la llama, molduras y artesones
 Caen en blanca ceniza hechos carbonos.

Creció el viento, y el fuego á las estrellas
 En resonantes globos se encarama,
 Escupiendo al subir vivas centellas,
 Que de nuevo al caer crece la llama:
 Arden las altas bóvedas, y dellas,
 El aire, el fuego á la ciudad derrama,
 Abrasando sus rojos torbellinos
 Del alcázar real los mas vecinos.

Entre esta horrible confusion, huyendo
 El cruel aspecto del feroz gigante,
 El día fué su luz desvaneciendo,
 Dando la del incendio por bastante:
 Y él al mismo teson que entró saliendo
 De la ciudad al mar llegó triunfante,
 Donde fuego tambien sembró en la flota,
 Y tomó para España la derrota.

Puédese presumir qué tuvo nueva
 De Angélica, y que va en su seguimiento,
 O que algun superior furor le lleva,
 Tras un desesperado fin violento:
 Así el noble español el gusto ceba
 De los que en atencion gozan su cuento,
 Aunque al rey el recelo, y la sospecha,
 Mas las cadenas de su amor estrecha.

Y prosiguiendo el noble Floridano,
 A Gundémáro pide alegre cuenta
 De su prision, y ¿cuándo del tirano
 Libre salió con su aficion contenta?
 ¿Cómo, y por qué le hicieron muerto en vano?
 A quien él viendo que su Arlaja atenta,

Y el rey lo mismo pide en regocijo,
 Así satisfaciendo á todos dijo.

ALEGORIA.

El sueño espantoso de Carlo Magno, significa las soberanas inspiraciones con que el cielo procura siempre regir y gobernar el apetito humano. En la discordia del campo francés, se muestran los grandes inconvenientes que trae contigo el haber en una república bandos y parcialidades, y como este es el mas eficaz desman para su destruccion y ruina; y tan poderoso, que si del cielo no viene llovido su remedio, ninguno hay en el mundo que se le pueda dar. Por Ferraguto, que estando para gozar de Angélica, y seguirla, haciéndole compañía hasta su reino, Morgante se lo estorba, dejándole de un golpe sin sentido, significa, que el apetito, estando dispuesto á seguir la virtud, aficionado de su hermosura, á la corriente del rio, que es la vida humana, Morgante, que es la voluntad, armada de las armas de la tierra, le desvia de aquel propósito, y deja sin virtud y fuerzas para él; y tras de su desenfadado antojo pasa haciendo grandes destrozos y desórdenes, sin gobernarse en ninguna cosa por la razon, á quien del primer golpe dejó muerta. Orimandro, que halla á Arlaja en un gran desconuelo, y la libra dél, significa, que con la luz y favor del entendimiento todas las cosas se componen, y las desgracias se consuelan.

LIBRO VIGÉSIMOTERCIO.

ARGUMENTO. Cuenta Gundémáro el estraño suceso, por donde se libró de la prision de Sulmán, rey de Biserta: el artificioso origen de la ciudad de Granada, y conversion de Estordian en gusano de seda, y Doralice en fuente; y el aparato y gente de guerra que en Africa se apresta contra España, y la gallarda reseña del campo de Francia.

«Es el amor omnipotente y santo,
 El leonés prosiguió, en obras divino,
 Que en fiestas suele convertir el llanto,
 Y de fortuna atar el desatino;
 Pues este que en mis causas pudo tanto,
 Tambien en esta pudo abrir camino
 Al bien presente, aunque por varios modos
 De sangre y de dolor sembrados todos.
 La reina Zaida, de Sulmán esposa,
 Por sangre igual, ó favorable signe,
 De una fuerza rendida poderosa
 A mi rostro volvió el suyo benigno:
 De mis desdichas, y de mi piadosa,
 El del rey tuvo por castigo indigno
 De los yerros de amor, y con su gusto
 En vano salió el real decreto injusto.

Dió el bárbaro en mi causa cruel sentencia
 Por el robo y la muerte desgraciada
 De mi Arlaja, y su hermano, que en Valencia
 Mas le mató su culpa, que mi espada:
 Que sea quemado vivo en su presencia,
 Y Arlaja en pompa fúnebre llevada,
 Con mis frias cenizas en la mano,
 Por mas tormento al reino valenciano.

La reina, á quien amor el blando pecho,
 O con mi vista, ó mi inocencia pudo
 Darlo de compasion humana hecho
 Al riesgo de mi vida un noble escudo;
 O por hallar los ruegos sin provecho
 Con el tirano de piedad desnudo,
 O por hacerse dueño por tal via
 Del gusto que en el mio pretendia;

De mi obscura prision fue poderosa
 A darne libertad, hecho un contrato
 Con el alcaide, y una temerosa
 Y no oida invencion por mas recato:
 Un moro, que en la edad poco dichosa
 Era, y en talle y cuerpo mi retrato,
 Dieron en mi lugar á la cadena,